

Baúl

Felipe Ángeles: una carta para don Manuel Márquez Sterling

Pedro Vidal Siller*

En octubre de 1917, tal como puede leerse en la fecha signada en la carta anexa, el general Felipe Ángeles se encontraba en el exilio, en Nueva York, después de las derrotas del ejército villista del cual formaba parte. Fue ahí donde leyó el libro *Los últimos días del presidente Madero* escrito por quien, a principios de 1913, fungía como jefe de la legación cubana en México, don Manuel Márquez Sterling. La carta que reproducimos y de la que una copia mecanoscrita se encuentra ahora entre los documentos que el doctor Rubén Osorio ha donado a nuestra Biblioteca Central, tiene una importancia histórica, tanto por lo que se refiere al zapatismo como a la personalidad misma de Ángeles, como veremos.

Los dos personajes, el general Felipe Ángeles y el autor del libro, compartieron no solamente una admirable lealtad al presidente mártir, sino también las últimas horas de Madero; se conocieron durante los días aciagos de lo que se ha llamado la Decena Trágica, entre el 9 y el 19 de febrero de 1913, que pasó de la rebelión militar al golpe de Estado y finalmente al asesinato.

En la misiva, Ángeles hace algunas precisiones importantes al libro sin dejar de reconocer su enorme valor testimonial. En principio, le recuerda que más que la popularidad sobre la pericia militar de Victoriano Huerta en su campaña contra Pascual Orozco emprendida de abril a agosto de 1912, se debió más a la campaña de prensa contra Madero emprendida por los periódicos, principalmente metropolitanos, que a sus habilidades propias como general; la confrontación entre Ángeles y Huerta databa del tiempo en que el primero, como jefe militar de operaciones en Morelos, narró las atrocidades cometidas por Huerta cuando un año antes había estado en ese cargo y dijo en una entrevista que los morelenses eran honrados trabajadores "pero desgraciadamente han sido sistemáticamente hostilizados por las autoridades militares que me precedieron en esta jefatura, con una falta de tacto indecible, han sido perseguidos inhumanamente pacíficos cam-

pesinos cuyo único delito consistía en alguna vez haber dado de comer a los zapatistas que se habían ocultado en sus ranchos."¹ Lo anterior le valió fuertes críticas desde las filas del ejército federal acusándolo de hablar demasiado sobre secretos de campaña.

Su lealtad a Madero hizo el resto. Una vez que sobrevivió a la represión huertista, Ángeles trató de incorporarse a las filas del constitucionalismo encabezadas por Venustiano Carranza, pero contrariamente a lo esperado no tuvo buena acogida, sino que fue visto con recelo quizá por su pasado como oficial federal. Se pasó al villismo, fue testigo y actor de las pugnas Villa-Carranza y siguió al primero fielmente. Lo representó ante el Gobierno de la Convención de Aguascalientes donde fue uno de los impulsores para que se invitara a los zapatistas a participar y ellos lo hicieron confiando siempre en la honestidad de Ángeles. Siguió en la División del Norte hasta que consideró que, después de las derrotas como la de Celaya, el Centauro había regresado a su pasado guerrillero por lo que las estrategias militares eran diferentes a las que él proponía. Se fue al exilio pero no por eso dejó de reflexionar sobre la cuestión mexicana: "Nosotros no podemos tener Historia porque somos un pueblo muy joven, muy poco ilustrado y muy apasionado. Amamos y odiamos ciegamente...", escribió a Márquez Sterling. La carta que comentamos, aún en su brevedad, tiene no solamente una importancia testimonial, sino es rica en reflexiones y nos dice mucho sobre la integridad e inteligencia de una vida por cierto poco estudiada.

Ángeles regresó a México, en diciembre de 1918 cruzó la frontera cerca de Ojinaga y nuevamente se reunió por breve tiempo con Villa, fue capturado por las fuerzas carrancistas y fusilado en la ciudad de Chihuahua el 26 de noviembre de 1919.

* "Sensacionales revelaciones del brigadier D. Felipe Ángeles..." *El Diario* [Ciudad de México], 24 de agosto, 1912, p. 1.

Señor Don
Manuel Márquez Sterling

Estimado y buen amigo:

En un ejemplar perteneciente a la señora viuda de Madero he leído apresuradamente el libro "Los Últimos Días del Presidente Madero".

¿Por qué apresuradamente?

Leyendo ese libro he admirado en usted al hombre bueno, al liberal y al artista y he quedado agradecido del historiador.

Por ser usted un hombre bueno, liberal y un artista, puede comprender y pintar a Madero, legándole a la Historia su mejor retrato.

Por ser un buen cubano y buen amigo de México pudo usted prestar un servicio a ambos países, acercándolos más de lo que estaban ya, y pudo usted meterse en el mero centro de muchos corazones mexicanos y conquistarse el respeto de todos, aunque muchos no quieran manifestarlo.

A pesar del mérito indiscutible del libro tiene algunas inexactitudes insignificantes y un error de mucha importancia. Entre las inexactitudes citaré las siguientes.

Dice usted que el General García Peña encontró al señor Madero (que el 10 de febrero de 1913 volvía de Cuernavaca a México) en Tlanepantla. Esta población está del lado opuesto, García Peña nos encontró realmente entre Xochimilco y Tepepa.

Dice usted que el General Huerta iba a fusilar en Torreón al General Villa (ya era General: el señor Madero lo había ascendido cuando las tropas estaban en Torreón, y el mismo Huerta lo dio a reconocer como tal a la División Federal del Norte) porque Villa salió a batir a Orozco contra orden expresa de Huerta. Hay ahí un error de lugar y de causa. Lo iba a fusilar en Jiménez (lejos de Torreón, a medio camino de esta ciudad para Chihuahua) y la causa fue diferente. La verdadera fue que Huerta sabía que en Villa, Madero tenía un apoyo valioso, y la aparente, una intriga vulgar, que no honra a Huerta y que me resisto a escribir.

Relata usted la campaña de Huerta contra Orozco, de manera que hace honor a la pericia militar de Huerta. El error provino seguramente, de que tanto la prensa de oposición como la escasísima amiga del gobierno, elogiaban la campaña. Pero la oposición elogiaba porque Huerta era enemigo de Madero y quería fortalecer y engrandecer al general; y la gobiernista elogiaba, porque la gente cree que algunas veces la mentira favorece.

La campaña tuvo éxito pero no debido a la pericia de Huerta, como tampoco se debió a la pericia nuestra el éxito de nosotros contra Huerta. México no tiene ejército, no tiene mas que chusmas armadas, aunque los mexicanos hayamos dicho cosa diferente porque tenemos un patriotismo especial y porque no sabemos cómo son los ejércitos.

Cuando el Embajador americano Wilson hizo triunfar la perversidad de Huerta creyendo que ayudaba a Félix Díaz y Huerta se hizo Presidente, mandó éste escribir una historia de su campaña del Norte y en ella resultaba mejor General que Bonaparte. Ese juicio, aunque disminuido, habría quedado en nuestra Historia si Huerta hubiera sido un verdadero patriota, como ha persistido la reputación de habilísimo general de nuestro gran Morelos, corriendo indiscutida la versión de que Bonaparte dijo que con dos Morelos conquistaría el mundo.

Nosotros no podemos tener Historia porque somos un pueblo muy joven, muy poco ilustrado y muy apasionado. Amamos y odiamos ciegamente. Y la historia requiere mucho tiempo y mucha serenidad de juicio. Nosotros no tenemos una Historia ni siquiera de nuestra primera revolución, la Independencia, que aún perderá en una de sus faces. ¡Pero que mucho que así suceda, cuando no existe una verdadera Historia de la Revolución Francesa, no habiendo sido ésta un acontecimiento de trascendencia mundial y a pesar de los eminentes libros de Carlyle, de Michelet, de Taine y de Jaurés!

Perdóneme usted, querido amigo, que se haya desbocado mi caballo de jinete descuidado y que mi imaginación de estudiante de Álgebra haya recorrido una serie de cero al infinito.

El error de mucha importancia que contiene el libro consiste en la apreciación que hace usted de Zapata y de los zapatistas. Zapata no es un atleta, y los zapatistas no quieren la anarquía perpetua. Zapata es un charrito, como le decía Villa, del relieve de nuestros gloriosos insurgentes de la guerra de Independencia. Los zapatistas querían solamente un pedacito de felicidad en esta tierra. Los zapatistas han tenido siempre la razón, aún contra Madero, así me lo manifestó éste, y me envió a la guerra del Sur para ver de reparar errores, dejando a mi exclusivo criterio la conducción política y militar de la campaña.

Si usted conociera de este asunto lo que yo, querría usted a los zapatistas tanto o más de lo que quiso a Madero y escribiría un libro más hermoso aún que "Los Últimos Días del Presidente Madero". Y sobre todo estaría usted convencido de que lo que se requiere para resolver un problema zapatista, es la bondad cristiana sin el error inicial que éste tuvo, y no la implacabilidad inescrupulosa de Huerta o la repulsiva y fría de Carranza.

Y estaría usted arrepentido de insinuar la sombra de la idea de un exterminio y de haber tenido las pesimistas imaginaciones de artista entristecido que ve extenderse "la plaga zapatista como sombra siniestra y llorosa por las verdes planicies, llenando los vacíos del criollo ausente, y organizándose a la manera de su instinto y de su naturaleza y de sus necesidades, bajo reglas y costumbres peculiares, como las marcas teutónicas o la aldea aymará de fisonomía puramente agrícola; y —añade usted— resuelto, acaso, veráse, por inercia el conflicto económico y social que provocó el monopolio de sucesivas tiranías. No serán eficaces, entre tanto, los decretos de la Nación, ni las leyes del Congreso, ni las comisiones agrarias, ni los convenios políticos, ni las ligas rebeldes. Dividida la tierra por el blanco y por el blanco distribuida, seguirá la horda en pie, el cabecilla en guardia, los fusiles cargados. Y Zapata como un cuervo gigante cubrirá con sus alas negras los vergeles deliciosos de Morelos".

Zapata lucha por un ideal de justicia como el glorioso o infortunado insurgente Guerrero, y siguiendo un poco la opinión de usted, no quiere tener la confianza y desprendimiento de aquél: tal vez conozca la historia de su compatriota. Zapata creería en los convenios políticos que fueran sinceros, Zapata creería en ligas rebeldes que sean leales. Tiene razón la horda de ser desconfiada, hace bien en conservar cargados sus fusiles y de montar la guardia.

Y el charrito Zapata, jinete en su retinto en las cimas del Jilguero, destacando su silueta de aceradas líneas sobre el incomparable cielo de mi patria, vigilará las ágiles correrías de nuestros somáticos indios de brillantes ojos negros y enjutos músculos, que vagan por los bosques tropicales, reflejan sus imágenes en las corrientes cristalinas, o saltan en las rocas del texcal.

Aún disentimos en otros dos puntos que no quiero mencionar. Pero si discrepamos en algunas ideas, en innumerables concordamos y éstas me produjeron tal entusiasmo, que si a mi alcance hubiera usted estado cuando leí su libro le hubiera magullado la mano a vigorosos apretones.

Le ruego acepte mis calurosas felicitaciones por su libro y mis fervientes votos porque siga usted ocupándose de las nobles tareas de acercar más a nuestros dos queridos pueblos y de laborar en la obra democrática.

Felipe Ángeles
(Rúbrica)

*Nota: Documento en la Biblioteca de la Ciudad de La Habana, Cuba. Transcripción fiel de una copia del original. Archivo de Rubén Osorio, Chihuahua, Chih.